

ANELA

Daniel Serrano

Personajes.

Meche.

Anela.

Fernanda.

Pancho.

La escena representa el exterior de una casa de adobe, en algún lugar de alguna sierra mexicana. En algún extremo del escenario, hacia proscenio, se puede ver un pozo, con un redondel de cemento, que está manchado de verde, por la lama que el mismo provoca.

Es de madrugada. Está a punto de amanecer. Se escuchan los ruidos propios de la naturaleza.

Dentro de la casa, se prende una luz. Es una veladora. Un poco después, sale Meche, es una mujer de unos veinticinco años. Es evidente que se acaba de levantar. Camina rumbo al pozo. Atrás de ella, sale su hermana Anela. Tiene un poco menos de veinte años. Anela se esconde de Meche. Esta llega hasta el pozo y saca un poco de agua en un balde. Cuando está a punto de retirarse, llega Anela por detrás y la asusta.

Anela.- Buuuu

Meche.- (Suelta un grito) Ahhhh.

Anela ríe y corre hacia dentro. Meche derrama el agua.

Meche.- Porque hiciste esto, chamaca del demonio.

Anela.- (Asoma la cabeza) ¿Del demonio? Hablas como viejita.

Anela sale del todo. Meche voltea para llenar de nuevo el balde. Anela sale y la nalguea.

Anela.- Te mueves como viejita... Parece que tienes cincuenta años, no veinticinco.

Meche.- Y tú parece que tienes diez, no veinte.

Anela.- Diecinueve.

Meche.- Ay sí. Los cumplés el domingo.

Anela.- Pero todavía tengo diecinueve.

Meche camina hacia la casa con el balde de agua.

Meche.- Diecinueve o veinte, me tienes que ayudar a limpiar...

Anela.- ¿Ves? Eres una ancianita irremediable.

Meche.- ¿Qué tiene que ver la juventud con la mugre?

Anela.- *(Da una giro sobre su propio eje)* ¿Te parezco mugrosa?

Meche.- Sí, y mucho. Ni siquiera te has lavado los dientes.

Anela.- Ni duda que estás envejeciendo. Habrás comido algo que te hizo hacerte viejita antes de tiempo. ¿Alguna hierba? Porque ahora hasta ciega "resultastes"

Meche.- Resultaste.

Anela.- No, tú.

Meche.- Se dice resultaste.

Anela.- *(Después de una brevísima pausa, se da con la mano en la frente, cada vez que repite la frase)* ¡Qué tonta! Resultaste... Resultaste... Resultaste.

Meche.- Bueno, no es para tanto...

Anela.- Es que ya se me olvidó.

Meche.- ¿Se te olvido?

Anela.- Sí. Yo no sabía, y luego supe, y después se me olvidó.

Meche.- ¿De qué hablas?

Anela.- Anoche soñé que ya sabía y que se me había olvidado. *(Ve a Meche)* No me entiendes, ¿verdad?

Meche.- Pues, la verdad, no.

Anela.- Soñé que era bebé. Y que los adultos se me acercaban y me decían cosas que yo no entendía. No sabían hablar, decían cosas como cuchi cuchi cuchi...quemonita, quepechocha. Adiviné algunas cosas, como eso de quemonita. Quería decir que yo estaba muy bonita. Pero como que no les salía. Como si tuvieran paralizada la boca... O la mente. *(Pausa)* ¿Será que mientras más crecemos, más se nos olvidan las cosas?

Meche.- A ti hay cosas que no se te han olvidado.

Anela.- Son puros recuerdos. Los sueños no existen. Y pues es lógico, como todas las cosas, mientras más viejas, más inútiles. Así es la mente, ¿no? Los bebés tienen la mente nuevecita, por eso les sirve mucho. Por eso no andan diciendo estupideces por la vida, como cuchi cuchi, o quemonita.

Meche.- Bueno, estás exagerando un poco.

Anela.- De veras que no. Mírate tú. Eres más estúpida que el año pasado.

Meche.- (*Ríe y juega*) Y tu más que el mes pasado.

Anela.- (*Ídem*) Y tú más que ayer... Eres 1968 veces más estúpida que yo.

Meche.- ¿Qué?

Anela.- Sacala cuenta. Me llevas 5 años, 4 meses y 20 días. Eso da un total de 1968 días. Podemos no contar los domingos. Porque los domingos se descansa, y pues no se cuenta, así que eso me da un total de...

Meche.- ¿De dónde sacaste eso?

Anela.- De las matemáticas.

Meche.- No, no. Eso de la estupidez.

Anela.- ¿No quedamos?

Meche.- (*Un poco molesta*) ¡No! No quedamos.

Anela.- Bueno, entonces no. Pero no es para que te enojés. Fíjate, si yo tengo 19 años 11 meses y 26 días, eso quiere decir que desde que nací a ahora, soy exactamente 7 mil trescientas veces más estúpida.

Meche.- ¡Anela, ya!

Anela se suelta riendo.

Anela.- ¿Ya ves? Ya te enojaste.

Meche.- No, no me enojé. Sólo me molesta que saques esas cuentas.

Anela.- ¿Qué tiene de malo?

Meche.- Nada. Sólo que no me gusta.

Anela.- ¿Pero verdad que no sabes por que te enojas?

Meche.- ¿Por esto?

Anela.- ¡Claro! ¿Pues de que estamos hablando?

Meche.- De los días, y de todo eso.¹

Anela.- (*Insinuando*) Y de la estupidez...

Meche.- Exacto, de la estupidez.

Anela.- De que tú eres exactamente 1968 veces más estúpida que yo.

Meche.- ¡Ya!

Anela.- Y que por eso te da tanto coraje una estupidez.

Meche.- ¡Anela!

Anela.- ¿Y sabes una cosa?

Meche.- ¡No, no sé!

Anela.- Ya ves. No sabes porque eres exactamente...

Meche.- (*Interrumpe*) ¡Ya! Deja eso.

Anela.- (*Transición*) Te quiero mucho. 1968 veces más de lo que tú me quieres.

Pausa. Meche y Anela se ven. Meche se ablanda, pero no se acerca a Anela.

Meche.- Está bien.

Anela.- Aunque seas más...

Anela se interrumpe en seco.

Anela.- Bonita que yo.

Meche.- ¡Ay, Anela!

Anela.- ¡Ay, Meche!

¹ 50

Meche.- Yo también te quiero.

Anela.- No te terminé de contar el sueño. Resulta que yo me sentaba en la cama. Todo mundo se sorprendía y se abrazaban entre ellos, unos lloraban; emocionados; como si ellos hubieran sido los que se sentaron a los cuatro meses. Y yo los veía y les decía, clarito les decía: Déjense de cosas y háblenme bien, que parecen idiotas. Y sí. Estaban bien idiotas, porque no me entendían... ¿Cuántos años tenía mamá cuando yo nací?

Meche.- No lo sé... treinta... o treinta y dos.

Anela.- Pongámosle treinta, para no perjudicarla mucho. Ella nació el dieciocho de enero y yo el veinte de mayo, así que serían treinta años con cuatro meses y dos días.

Meche.- ¿Vas a volver a empezar?

Anela.- ¡Once mil setenta y nueve veces más estúpida! Y tomando en cuenta que papá era cinco años mayor que ella, entonces era doce mil...

Meche.- (*Interrumpe*) Vamos a tener visita.

Anela.- El caso es que los vi tan estúpidos, que decidí volverme a acostar. No tenía ningún caso. Me dio miedo matarlos de la emoción.

Meche.- Recuerdos. Esos son puros recuerdos.

Anela.- ¿Es posible que recuerde la compasión que me daban?

Meche.- Es posible... Muy posible.

Meche entra a la casa.

Anela.- No me gusta recordar compasiones. (*Pausa*) ¿Visita? ¿Y ahora quién?

II

Mismo lugar... Por la tarde.

En el centro del patio, arriba de una piedra que sirve como mesa, Anela y Fernanda están ante un tablero de damas. Fernanda es una mujer joven, con aires de intelectual. Mientras que Anela está metida en la partida, Fernanda la observa.

Anela.- ¿Por qué no puedo moverla para un lado?

Fernanda.- Son las reglas del juego.

Anela.- Eso es lo que no entiendo.

Fernanda.- ¿Qué?

Anela.- Eso de las reglas. ¿Para que existen?

Fernanda.- Pues porque si no existieran, todo sería el caos.

Anela.- Sigo sin entender.

Fernanda.- ¿Cuántos años tienes?

Anela.- ¿Y eso que tiene que ver?

Fernanda.- Sólo es una pregunta.

Anela.- Sería lo mismo si tuviera ochenta, ¿no? Meche tiene veinticinco y hay muchas cosas que no entiende.

Fernanda.- ¿De veras?

Anela.- Bueno, ella dice que no... Más bien cree que no. Pero hay muchas cosas que ella no sabe.

Fernanda.- ¿Por ejemplo?

Anela.- Yo no puedo decirte. Sería como traicionarla.

Fernanda.- ¿Ves?, esa es una regla.

Anela.- ¡No! (*Pausa*) ¿En serio?

Fernanda.- Claro.

Anela.- No te creo.

Fernanda.- ¿Por qué?

Anela.- Por eso nosotros vivimos aquí. Porque no nos gustan las reglas.

Fernanda.- A ver, y te gustan... por ejemplo... ¿los pércimos?

Anela la ve incrédula, y paulatinamente empieza a reírse.

Anela.- (*Entre risas*) ¿Qué dijiste?

Fernanda.- Pér-ci-mos.

Anela.- (*Ídem*) ¿Pércimos?

Fernanda.- (*Duda*) Sí...

Anela.- (*Deja de reírse de improviso*) ¿Qué es eso?

Fernanda.- ¿Te gustan?

Anela.- No sé...

Entra Meche.

Meche.- ¿Y a usted le gusta la mierda?

Fernanda.- ¿Perdón?

Meche.- Porque ahora va a salir con eso de que si no conoce algo, no sabe si le gusta.

Anela.- (*Entre risas*) La mierda, guácala. (*Seria. A Fernanda, esperando que conteste*)
A ver...

Fernanda.- Es diferente.

Meche.- Quedamos en otra cosa.

Fernanda.- Sólo hablábamos.

Anela.- De la regla.

Meche.- ¿De qué?

Anela.- No de la regla regla, sino de las reglas.

Meche.- Pues no quiero que se hable de eso.

Meche sale.

Anela.- (*Se encoge de hombros*) No quiere. (*Se sienta de nuevo frente al tablero*)

Fernanda observa hacia donde se fue Meche.

Fernanda.- ¿Por qué no hablan de las reglas?

Anela.- (*Advirtiendo, juguetona*) Te va a oír, ¿eh?

Fernanda.- Es lo más natural.

Anela.- De la regla, regla; sí hablamos. Eso de que te sale sangre cada mes.

Fernanda.- Justamente porque sangras cada mes, es una regla.

Anela.- No. Eso es natural.

Fernanda.- Las reglas también.

Anela.- (*Que sigue metida en la partida*) No, porque si fuera natural, yo podría mover esta ficha hacia los lados.

Fernanda observa a Anela entre sorprendida y enternecida. Se sienta con ella.

Fernanda.- Muévela, si quieres, pero te advierto que va a ser un caos.

Anela.- ¿Un caos?

Fernanda.- Un desorden.

Anela.- ¿Y a quién le afecta? (*Ve fijamente a Fernanda*) ¿A ti?

Fernanda.- ¿El caos? A todos.

Anela.- (*Incrédula*) Nooo. (*Pausa*) No lo creo.

Fernanda.- ¡Claro que sí!

Anela hace una leve pausa. Luego, de un movimiento brusco, golpea el tablero de damas y lo riega por todas partes.

Anela.- ¿Viste?

Fernanda.- ¿Qué hiciste?

Anela.- No pasó nada.

Fernanda.- ¿Cómo...?

Anela.- El caos. Eso tú lo “dijistes”. Ahora el juego es un caos. (*Pausa*) ¿Te duele algo?

Fernanda.- No.

Anela.- (*Grita hacia la casa*) ¡Meche!

Meche.- (*Desde dentro de la casa*) ¿Qué pasa?

Anela.- ¡¿Te duele algo?!

Meche.- (*Se asoma. Sonriendo*) No. (*Fernanda la ve. Meche se vuelve a meter*)

Anela.- A mi tampoco. ¿Ya ves? El caos es una simple ilusión...

III

Es de noche. Cerca del pozo, Meche pela unos ejotes. Observa a Fernanda, que hace algunas anotaciones en su cuaderno. De pronto se detiene y pierde la vista a lo lejos.

Meche.- ¿Cuánto tiempo?

Fernanda.- (*Viéndola*) No lo sé.

Meche.- Los que vinieron antes por lo menos sabían. Me lo dijeron cuando llegaron, a ellos no les tuve que preguntar. Casi se disculpaban por estar aquí. (*Pausa*) No aguantaron, se fueron mucho antes.

Fernanda.- ¿Por qué?

Meche.- (*Se encoge de hombros*) Decían que les gustaba mucho estar aquí. Que nunca en su vida habían sentido lo que aquí se siente. Y luego se fueron sin despedirse. Y eso que eran unas eminencias... Usted es doctora, ¿verdad?²

Fernanda.- Algo así.

Meche.- A mi me dijeron que era doctora. (*Pausa. Fernanda regresa a su cuaderno*) ¿Es periodista?

Fernanda.- No.

Meche.- ¿Entonces? (*Pausa*) Porque no se puede ser "algo así"... eso dijo, ¿no? No se puede ser algo así como que doctora. O eres o no eres.

Fernanda.- Estudié medicina, pero mi especialidad es la psiquiatría.

Meche.- Ah. (*Pausa*) No soy estúpida.

Fernanda.- (*La observa*) No quise decir eso.

² 150

Meche.- Por si las dudas.

Fernanda.- Sólo vengo a ayudarte.

Meche.- Yo no necesito ayuda.

Fernanda.- A tu hermana. Ella sí la necesita.

Meche.- ¿Tú crees?

Fernanda.- Estoy segura.

Meche.- Tú también la estás investigando. Eso es ella para ti, para los médicos, para los científicos, para el gobierno...

Fernanda.- (*Interrumpe*) ¡Para los que te pagan!

Meche se levanta. Fernanda también. Meche ve fijamente a Fernanda.

Meche.- (*Grita hacia dentro*) ¡Anela!

Fernanda.- Está durmiendo.

Meche.- (*Grita más fuerte*) ¡Anela!

Anela.- (*Desde dentro, en susurro*) ¿Quién me habla?

Meche.- ¿Te sientes mal?

Anela.- (*Ídem*) No.

Meche.- ¿Te duele algo?

Anela.- (*Ídem*) No.

Meche.- (*A Fernanda*) ¿Ya ve? Está más claro que el agua que ni Anela ni yo necesitamos este rosario de visitas.

Fernanda.- Eso no lo deciden ustedes.

Meche.- ¿Entonces quién?

Fernanda.- Nosotros...

Meche.- (*Interrumpe*) ¿Quiénes son ustedes? ¡¿Dios?! Claro, por supuesto.

Fernanda.- Tú no puedes tenerla aquí, como si estuviera prisionera.

Meche.- (*Más fuerte*) ¿Esto te parece una prisión? Nunca habías visto una noche como esta. En tu vida habías respirado aire tan puro. ¿Cuál es tu idea de la libertad?

Fernanda.- ¿Y de que le sirve? No tiene contacto con seres humanos. No hace una vida normal.

Meche.- ¡Ese es su problema! ¿Qué no te das cuenta? Muy científica y toda la cosa, y no entiendes. ¡Ese es su problema!

Fernanda.- ¿Cuál es su problema?

Meche.- (*Transición*) No los soporta.

Fernanda.- ¿A quién?

Meche.- A los hombres.

Fernanda.- ¿Qué? Ahora vas a salir con eso.

Meche.- A los seres humanos.

Fernanda.- ¿Qué estupidez es esa?

Meche.- ¡Le dan ganas de vomitar!

Fernanda.- ¿Qué? Había escuchado todo tipo de locuras. Pero esta...

Meche.- Pues créela o no. Pero eso es lo que ella tiene. (*Pausa. Fernanda ve estupefacta a Meche*) Ya te ahorré mucho trabajo.

Fernanda.- A ver, a ver. ¿Dijiste... asco por los hombres?

Meche.- Le dan náuseas, espasmos, vértigos. Vomita de un color...

Fernanda.- (*Interrumpe*) No me necesitas dar detalles.

Meche.- Es para que te convenzas.

Fernanda.- ¿Y por qué a ti no te tiene asco?

Meche.- No lo sé. Digamos que soy la excepción de la regla.

Fernanda.- ¿Y yo también soy la excepción? Conmigo no se ha sentido mal.

Meche.- Todavía no.³

Fernanda.- ¿Todavía no?

Meche.- Es como un bicho. Tres o cuatro días vas a tardar en hacerle efecto.

Pausa. Fernanda no puede creer lo que oye.

Meche.- No me crees, ¿verdad?

Fernanda.- Los estudios dicen otra cosa. Tu hermana está muy enferma, por una cuestión muy lógica. Tiene talasemia. Tiene la sangre contaminada.

Meche.- Hace 15 años que se la diagnosticaron. Ya se debería de haber muerto, ¿no?

Fernanda.- Pues...

Meche.- (*Burlona*) A lo mejor es un fantasma.

Fernanda.- No estoy jugando.

Meche.- (*Seria*) Yo tampoco. (*Pausa*) Sólo te quiero ahorrar la pena de verla vomitando rojo por todos lados. (*Pausa*) Y también quiero ahorrarte trabajo. No hay mucho que hacer.

IV

Es de mañana. Fernanda está sentada cerca del pozo, en el suelo. Se nota que no ha dormido. Anela está sentada frente al tablero de damas, metida en una partida. Fernanda la observa. Meche sale de la casa. Se ve fresca y alechugada. Ve a Fernanda y esboza una leve sonrisa. Después va hacia Anela. La besa y sale por el lado contrario.

Fernanda.- ¿Qué es lo que Meche no sabe?

Anela.- (*Sin voltear a verla*) ¿Mande?

Fernanda.- Me dijiste que había cosas que Meche no sabía.

Anela.- Uuuuuy. Muchísimas.

Fernanda.- ¿Y?

³ 200

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Anela.- Es como la muerte.

Fernanda.- ¿Qué?

Anela.- Se van muriendo una por una. Por algo son rojas.

Fernanda.- ¿Te refieres a las fichas?

Anela.- ¿Y a qué más?

Fernanda.- Que sean rojas no significa que...

Anela.- (*Interrumpe, y quita la atención del tablero*) Hay veces que siento que me voy a morir.

Fernanda.- ¿De veras?

Anela.- Sí, me siento roja... como las fichas. Eso es lo que no sabe Meche... Tampoco sabe que la luz del sol me llega hasta dentro del alma. Y es cuando lo rojo se convierte en blanco. Como estas otras fichas. Y tampoco sabe que el agua es lo que más me gusta en la vida, porque cuando me baño, lo blanco se vuelve cristalino... Me siento muy bien...

Fernanda.- (*Sonríe*) Todos nos sentimos muy bien cuando nos bañamos.

Anela.- Sí, pero para mí es una necesidad.

Fernanda.- Para mí también.

Anela.- Pero tú no estás enferma.

Fernanda.- Tú tampoco.

Anela.- ¿Quién te dijo?

Fernanda.- Tú... y Meche.

Anela.- ¿Meche te dijo?

Fernanda.- Bueno, no exactamente.

Anela.- Te dijo lo contrario.

Fernanda.- Pero al decirme eso, en el fondo me estaba diciendo que no tenías nada. Hasta me pidió que me fuera. Y si me dijo que me fuera es porque no estás enferma.

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Anela.- O porque no tengo remedio.

Fernanda.- O porque tienes una gran imaginación.

Anela.- No.

Fernanda.- ¿No?

Anela.- No necesariamente. Mi enfermedad no tiene nada que ver con la imaginación. No afecta a la mente. Yo conozco una enfermedad de la mente.

Fernanda.- ¿A sí?

Anela.- Tú deberías de saberlo. Eres doctora, ¿no?

Fernanda.- Pues...

Anela.- Sí estoy enferma. Se llama talasemia, y es asco por los hombres.

Fernanda.- La talasemia no es asco por los hombres.

Anela.- Y por las mujeres.

Fernanda.- ¿Y yo?

Anela.- Es que te tienes que incubar en mí. Eres como una bacteria.

Fernanda.- ¿Y por qué platicas conmigo?

Anela.- ¿Y por qué no? De todos modos, aunque no platique, me contamina.

Fernanda.- En los reportes dice que con los anteriores no querías hablar.

Anela.- ¿Eso dice?

Fernanda.- Sí.

Anela.- Pues tienen razón. (*Regresa al tablero y mueve una ficha. La corona.*) ¡Mira, una reina! ¿Y ahora, qué pasa?

Fernanda.- Esa la puedes mover para todos lados.

Anela.- ¿Por qué?

Fernanda.- Porque es reina.

Anela.- ¿Por qué yo no me puedo mover para todos lados? ¡También soy reina! Meche me dice.

Fernanda.- ¿Qué te dice?

Anela.- Que todo lo que alcance a ver, es mío. Y que yo soy la reina de todo esto.

Fernanda.- ¿Y ella?

Anela.- No, ella no. Y eso que es mayor que yo. Pero Meche dice que yo soy especial. Que por eso me dan asco los seres humanos.

Fernanda.- ¿Y tú le crees?

Anela.- ¡Claro! A mí me gusta ser la reina. (*Anela quita la vista del tablero. Ve a Fernanda*) ¿Sabes algo?

Fernanda.- ¿Qué?

Anela.- Tú no tienes cara de bacteria.

Fernanda.- ¿A no?

Anela.- No... Es muy probable que no me des asco. (*Pausa. La observa*) Es que como que, como que tienes algo.

Fernanda.- ¿Algo de qué?

Anela.- Algo, como que tú si eres muy buena gente.

Fernanda.- Los otros doctores también eran buenas gentes.

Anela.- No tanto. Bueno, tampoco eran así como que malos. Nada más me producían vértigo. La verdad es que nunca me hicieron vomitar.

Fernanda.- No.

Anela.- Meche les dijo que sí. Pero la verdad es que no. Tampoco me cayeron muy bien. Se terminaron yendo. Y es que Meche me protege mucho. Me quiere mucho.

Fernanda.- Anela, esas personas no eran malas. No te iban a hacer daño.

Anela.- ¿No?

Fernanda.- Como tampoco yo te quiero hacer daño.

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Anela.- Tampoco Meche.

Fernanda.- Tampoco.

Anela.- (*Volviendo al Tablero*) O sea que la reina se puede comer a todos.

Fernanda.- Claro.

Anela.- ¿Así nada más, de un jalón?

Fernanda.- Bueno, hay sus reglas.

Anela.- (*Finge estar enojada*) ¿Ya vas a empezar?

Fernanda.- Tienes que brincar las fichas que te quieras comer, como cuando no tenías la reina.

Anela.- (*Con tono de obviedad*) Pues claro. Eso es lógico.

Fernanda.- Lo lógico entra dentro de las reglas.

Anela.- (*Otra vez finge enojo*) ¿Ya ves?

Fernanda.- Esta bien, ya entendí.

Anela.- Por lo pronto me como estas. (*Mueve su reina y se come 2 fichas*) ¿Puede haber gente que no te quiera hacer daño, y que de todos modos te lo haga?

Fernanda.- ¿Por qué me preguntas eso?

Anela.- ¿Por qué me contestas con una pregunta?

Fernanda.- Por supuesto que puede haber gente que te dañe sin que se de cuenta.

Anela.- (*Al tablero*) ¿Vas a mover o no?

Fernanda.- ¿Alguien te está haciendo daño?

Anela.- Otra pregunta como respuesta. ¿Mueves o no?

Fernanda la observa. Anela está metida en su tablero. Fernanda mueve cualquier pieza. Es evidente que no le interesa el juego. Pausa.

Anela.- (*Sin ver a Fernanda*) ¿A qué viniste?

Fernanda.- A conocerte.

Anela.- Y luego que me conozcas, ¿Te vas a ir?

Fernanda.- A lo mejor.

Entra Meche. Trae algunos duraznos entre las ropas, y otros en la mano.

Anela.- ¡Meche! Fernanda se va a ir.

Meche.- ¿A sí? ¿Cuándo?

Anela.- Yo no quiero que se vaya.

Meche.- Pues yo sí. No me gusta que te pongas mal.

Anela.- ¿Y si no me pongo mal?

Meche.- ¡Ay, mi niña!

Anela.- Te lo prometo.

Meche.- Eso no se puede.

Anela.- ¿Quién dice?

Fernanda.- Meche dice.

Anela.- (*A Meche*) ¿Tú?

Meche.- No.

Anela.- (*Refiriéndose a Fernanda*) No tiene cara de bacteria. No la hemos dibujado.

Fernanda.- ¿No la han qué?

Meche.- ¿Ya ves? Ya te estás poniendo mal.

Fernanda.- ¿Dibujado dijiste?

Meche.- (*A Fernanda*) ¡Váyase!

Fernanda.- ¿Por qué?

Meche.- Ya tiene los síntomas.

Anela.- ¡No es cierto!

Meche.- Mírate. (*Meche va hacia Anela. Esta huye de ella. Meche insiste*) Ven conmigo, mi niña, yo te voy a ayudar.

Anela.- ¡No tengo nada!

Durante este diálogo, se establece una persecución de Meche hacia Anela, hasta que llega un momento en que Fernanda se pone delante de ella.

Fernanda.- (*A Meche*) ¿No la escuchaste?

Meche.- ¡Quítate!

Anela se esconde detrás de Fernanda.

Fernanda.- No quiere ir contigo.

Meche.- ¡Déjame pasar!

Fernanda.- ¡Hasta que la dejes en paz!

Meche.- ¡Me necesita! ¡Se puede morir!

Fernanda.- ¡No tiene nada! ¡Aléjate!

En ese momento, Anela, que se fue alejando poco a poco de las dos mujeres, vomita abundantemente.

V

El mismo lugar, un poco más tarde. Fernanda está sobre el pozo. Revisa unos documentos. De la casa, sale Meche. Se nota demacrada. Fernanda la ve.

Fernanda.- ¿Cómo está?

Meche.- Está. De esta no se va a morir.

Fernanda.- Quiero verla.

Meche.- ¡No! Ella no quiere.

Fernanda.- Eso no es cierto.

Meche.- Más bien te tienes que ir.

Fernanda.- No me voy hasta hablar con ella. Eso no es normal...

Meche.- (*Interrumpe*) Aquí las cosas no son normales. Supongo que ya te diste cuenta.

Fernanda.- No, no me di cuenta. Al contrario, todas las cosas me parecen muy normales.

Pausa. Meche voltea a ver a Fernanda con furia.

Fernanda.- La única que no me parece normal eres tú.

Meche.- ¡Lárgate!

Fernanda.- ¡No me da la gana!

Meche.- Esta es mi casa.

Fernanda.- ¡Error! Esta es la sierra. Es la casa de nadie.

Meche.- ¿Qué quieres?

Fernanda.- Saber qué está pasando.

Meche.- Ya lo sabes. Anela tiene que vivir aquí.

Fernanda.- Eso es un invento tuyo.

Meche.- Es mi hermana. ¿Tú crees que yo no sufro por ella? ¿Tú crees que no me sacrifico? Yo también tengo vida propia. Tengo 25 años. Tengo derecho a vivir mi vida. A tener novio, a casarme, a tener hijos.

Fernanda.- Ella también.

Meche.- Como tú.

Fernanda.- ¿Como yo?

Meche.- (*Quebrada*) Para ti esto no es más que un punto en tu carrera, un diploma más en tu vida. Yo estoy condenada a vivir así.

Pausa.

Meche.- ¿Tienes novio? Seguramente alguien te está esperando.

Fernanda.- (*Imperativa*) Libérate. Yo te puedo ayudar.

Meche.- Seguramente tú puedes hacer planes a futuro.

Fernanda.- Y a ella.

Meche.- Eres muy bonita.

Fernanda.- Tú misma nos puedes ayudar a todos, a Anela, a ti y a mí.

Meche.- No me vengas con esas cosas.

Fernanda.- Para que en realidad hagas tu vida. Es cuestión que te decidas, que me dejes trabajar.

Meche.- ¿Ves? Para ti esto es un trabajo.

Pausa.

Meche.- ¿Tienes novio?

Fernanda.- ¿Qué más da?

Meche.- Quiero conocerte.

Fernanda.- ¿Para qué?

Meche.- Quiero ayudarla.

Anela.- (*Desde dentro de la casa, grita*) ¡Lárgate, no necesito esa cosa, lárgate!

Meche.- (*Yendo hacia dentro*) ¡Carajo!

Fernanda sigue a Meche.

Meche.- ¡Quédate aquí! (*Fernanda se detiene*) Yo me encargo.

Meche se mete a la casa. Fernanda obedece a Meche, en contra de su voluntad. Camina hacia el pozo, revisa los papeles, se guarda algunos, y el resto los deja en el fólder.

VI

Fernanda trabaja en su cuaderno. Anela está nuevamente sentada frente al tablero de damas. Ninguna de las dos se ven.

Anela.- (*Sin verla*) ¿Quieres jugar?

Fernanda.- (*Ve a Anela*) ¿Quieres que juegue?

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Anela.- Pues claro. Si no, no te lo hubiera pedido.

Fernanda.- Pero con una condición.

Anela.- (*Que hasta este momento ve a Fernanda*) ¿Cual?

Fernanda.- Que platiquemos.

Anela.- ¿De qué?

Fernanda.- De cosas.

Anela.- No... Así nada más, sin condiciones, ¿sale?

Fernanda.- Poquitas.

Anela.- (*Cohibida*) No.

Fernanda.- Entonces no.

Anela.- ¿Ya ves?

Fernanda se encoge de hombros. Finge que trabaja, pero en realidad observa de reojo a Anela.

Anela.- ¿Por qué Te vas a ir?

Fernanda.- Pues porque yo no vivo aquí.

Anela.- ¿Te espera tu novio?

Fernanda.- Pues... Sí.

Anela.- Ah.

Pausa.

Fernanda.- ¿A ti te gustaría?

Anela.- Ven a jugar...

Fernanda.- ¿Y platicamos?

Anela.- ¿Poquito?

Fernanda.- Sí.

Fernanda se acerca al tablero de damas.

Anela.- ¿Te acuerdas que dijiste que sí?

Fernanda.- Claro que me acuerdo, lo acabo de decir.

Anela.- A lo del daño de la gente. ¿El daño es una cosa que no se controla?

Fernanda.- ¿El daño? Pues así, como concepto...

Anela.- (*Interrumpe*) No se controla, porque seguramente él no me hubiera hecho daño nunca.

Fernanda.- Hablas de un hombre...

Anela.- Sí. Y se fue. Él sabía que me iba a hacer daño.

Fernanda.- ¿De quién hablas?

Anela.- Hasta me quiso pedir perdón por lo que no había hecho. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Y me hizo mucho daño.

Fernanda.- Un hombre...

Anela.- Nunca se me va a olvidar. Mi papá.

Fernanda.- ¿Te maltrató?

Anela.- ¿No me escuchaste?

Fernanda.- Sí, pero...

Anela.- Sólo una cosa me hizo. Se murió.

Fernanda.- Todos se mueren.

Anela.- El no. En eso habíamos quedado.

Fernanda.- ¿Tu papá te dijo eso?

Anela.- Sólo con verlo se le notaba que no se iba a morir. Era grandote y siempre estaba como muy serio, pero cuando sonreía, yo me quería morir, me derretía. Muchas veces, en la mañanita, caminábamos por la playa, y veíamos, en silencio, como los cangrejos se metían a sus cuevitas. A veces el agua del mar que alcanzaba a llenarles la cueva, los sacaba, pero se volvían a meter. Esas mañanas no las he vuelto a vivir. Son los cangrejos

más rojos que he visto en mi vida. Y aunque caminan para atrás, eran más rápidos que yo. Nunca los alcance. A mí me daba mucha risa no poderlos alcanzar. Y a él también. Sonreía. Y yo lo veía, contra la luz, y era tan majestuoso. ¿Cómo crees que era necesario que me dijera que no se iba a morir? Era tan lógico.

Fernanda.- ¿Nadie te explicó?

Anela.- ¿Qué me tenían que explicar?

Fernanda.- Que algún día, en algún momento...

Anela.- De veras que pareces sorda. Los hombres hechos de esa forma, no se mueren.

Fernanda.- Claro.

Anela.- Y no me vayas a salir con esa cosa de que todos los muertos viven en el interior de los vivos.

Fernanda.- ¿Por qué no?

Anela.- (*A punto del llanto*) Porque es una tontería. ¿Qué no te das cuenta? Y se supone que aquí la inteligente eres tú. Cuando no los puedes tocar, cuando no los puedes ver a los ojos, cuando ya no te derrites con sus sonrisas, pues ya no están, ya se fueron... Ya se murieron... Aunque sean inmortales.

Fernanda.- ¿Y si cierras los ojos?

Anela.- ¿Para qué? ¿Para verlos?

Fernanda.- Pues... sí.

Anela.- No es lo mismo. No es lo que yo quiero ver. Es como si en lugar de que el agua del mar, de una ola, llenara las cuevas de los cangrejos, fuera una lluvia tupida la que lo hiciera. No se ve igual. Si se mueren se van, y punto. Ni las fotos, ni los recuerdos, ni las canciones los traen. ¿Y sabes una cosa? Si los traen, pues no son de esa clase de seres humanos.

Fernanda.- ¿Qué clase?

Anela.- Privilegiados.

Fernanda.- (*Se acerca, intenta abrazarla y compadecerse de ella*) Anela...

Anela.- (*La rechaza*) No, ahorita no. Me duele más. (*Pausa*) Me duele muchísimo más cuando me intentan consolar de algo que no se puede.

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Fernanda.- ¿Entonces, se murió o no?

Anela.- No sé. Sólo sé que me hizo mucho daño.

Silencio.

Anela.- No.

Fernanda.- No qué.

Anela.- No quiero tener novio.

Anela mueve una ficha.

Fernanda.- ¿Por qué?

Anela.- No me gustan los novios.

Fernanda mueve una ficha.

Fernanda.- ¿Y cómo sabes?

Anela.- Pues porque bufan.

Fernanda.- ¿Los novios bufan?

Anela mueve una ficha.

Anela.- Sí, ¿no?

Fernanda.- ¿Cuántos has tenido?

Anela.- (*Se sonroja*) ¿Cómo crees?

Fernanda.- Eres muy bonita.

Fernanda mueve una ficha.

Anela.- Pues sí, pero bufan.

Fernanda.- Si no has tenido novios, ¿cómo sabes?

Anela.- Pues sé, nada más. (*Se refiere al juego*) ¡Te la como por boba!

Fernanda.- ¿Cómo sabes?

Anela.- (*Juguetona*) Pues porque no me comiste esta, y por eso yo te la como por boba.

Fernanda.- ¡No te hagas la ingenua! ¡Te hice una pregunta!

Anela.- No sé...

Fernanda.- ¡Sí sabes!

Anela.- ¡Los he oído!

Fernanda.- ¿A quienes?

Anela.- Ya te comí otra ficha.

Fernanda.- ¿A quienes, Anela?

Anela.- Y otra.

Fernanda.- ¡Quedamos en que platicaríamos!

En ese momento entra Meche.

Anela.- ¡Estuve a punto de ganarle, Meche! Fernanda es muy buena maestra. ¡Estuve a punto!

Meche abraza a Anela.

Meche.- Me da mucho gusto.

Anela.- ¿Y a ti, Fernanda?

Fernanda.- (*Sin quitarle la vista de encima a Meche*) También... A mí también me da mucho gusto.

VII

Es de noche. Por un lado del escenario, se escuchan voces de un hombre y de una mujer. Es Meche, que juguetea con Pancho.

Meche.- (*En off*) ¡Una, dos, tres, cuatro, cinco! ¡Perdiste!

Pancho.- (*Ídem*) No, no, hiciste trampa.

Ambos entran a escena.

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Meche.- (*Entre risas*) Yo te dije primero, y te di hasta cinco segundos.

Pancho.- Pero es que es muy poco tiempo, para tantos lugares.

Meche.- (*Voltea a ver hacia la casa*) Shhh. Baja la voz.

Pancho.- (*Baja la voz*) Pero es que es muy poco tiempo, para tantos lugares.

Meche.- ¿Tantos?

Pancho.- La ingle, el ombligo, la nariz, la oreja, la luna...

Meche.- (*Risas, por lo bajo*) ¿La luna?

Pancho.- Sí, la luna.

Meche.- ¿Y dónde tienes la luna?

Pancho.- En el mismo lugar que tú.

Meche.- ¿O sea que yo también tengo?

Pancho.- Por supuesto.... Está...

Meche.- No me digas, déjame adivinarlo.

Pancho.- Viene.

Meche.- (*Como niña*) Aquí (*Se toca la frente*)

Pancho.- Fría.

Meche.- Aquí. (*Se toca la nariz*)

Pancho.- No.

Meche.- Aquí. (*Se toca la boca*)

Pancho.- Tampoco.

Meche.- Aquí. (*Se toca un seno*)

Pancho.- ¿Y dónde crees que yo me guardo la luna, entonces?

Meche.- ¿Aquí? (*Se toca el ombligo*)

Pancho.- Digamos que tibia.

Meche.- Que obviedad... Aquí. (*Se toca el sexo*)

Pancho.- ¡Muy caliente!

Meche.- Es aquí, ¿no?

Pancho.- No.

Meche.- ¿Entonces? Más abajo no creo que sea.

Pancho.- ¿Te digo?

Meche.- Mejor ya vete.

Pancho.- Rápido.

Meche.- No quiero que la tal psicóloga te vea.

Pancho.- ¿Qué tiene?

Meche.- Pues no quiero y ya.

Pancho.- Ella también tiene luna, nos podría servir de mapa.

Meche.- Ajá.

Pancho.- Uta.

Meche.- ¿Qué?

Pancho.- Que ya te enojaste.

Meche.- Que no. Sólo quiero que te vayas.

Pancho.- (*Se acerca a Meche, y se dirige a sus glúteos*) Aquí.

Meche lo esquiva.

Pancho.- ¿Qué tiene?

Meche.- Ya vete, me estoy poniendo nerviosa.

Pancho.- ¿Ya ves?

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Meche.- ¿Ya veo?

Pancho.- Contigo no se puede.

Meche.- Ahora el enojado eres tú.

Pancho.- No... Nomás sentido... ¿Cuándo nos vemos?

Meche.- (*Lo ve, coqueta*) ¿Qué te parece... si en tres lunas?

Pancho.- Maravilloso.

Pancho se acerca a Meche y la besa largamente en los labios. Ella lo empuja.

Meche.- ¡Ya vete!

Pancho.- Esta bien, me voy.

Pancho sale corriendo, pero antes de salir, se topa de frente con Fernanda. De hecho, Pancho pierde el equilibrio al querer esquivarla. Desde el suelo, la observa. Meche se ha quedado petrificada viendo la escena. Pancho se reincorpora. Sonríe estúpidamente a Fernanda.

Fernanda.- (*Sorprendiéndolos*) Buenas noches.

Pancho.- (*Sin quitarle la vista de encima a Fernanda, pero diciéndole el texto a Meche*)
La luna no está allí. Está muy cerca, pero no en su lugar. Buenas noches.

Meche.- ¿Qué

Pancho sale. Fernanda se acerca lentamente a Meche, con un cierto aire de triunfadora, como si le hubiera ganado.

Fernanda.- Como que estaba confundido, ¿no?

Meche.- ¿De qué?

Fernanda.- Como que la luna sí está en su lugar. (*La busca con la vista*) Por lo menos a mí me parece que sí. (*Meche no contesta*) Es que desde que yo tengo conciencia, la luna ha estado en el cielo, no en la tierra.

Meche.- Hay muchas cosas que te enseñaron que no están en su lugar.

Fernanda.- ¿Tú crees? (*Pausa*) Por lo menos me dejas un rango de posibilidad.

Meche.- (*Se señala la sien*) Todas las cosas que te enseñaron no están en su lugar.

Fernanda.- ¡Qué determinante!

Meche.- ¡Cien veces te lo he dicho! ¡Lárgate!

Fernanda.- ¡Todavía no acabo!

Meche.- ¡Hace mucho que acabaste! ¡Acabaste con Anela; conmigo! ¿Qué quieres ahora? ¿Acabar contigo misma?

Fernanda.- ¿Me estás amenazando?

Meche.- Tómalo como te de la gana. ¡Sólo vete!

Fernanda.- ¿Era tu novio?

Meche.- ¡No te importa!

Fernanda.- ¿Tu amante?

Meche.- ¡Lárgate!

Entra Anela. Las observa. Ellas no la ven

Fernanda.- (*Irónica*) La pobrecita de Mercedes, que se sacrifica tanto por su indefensa hermana. (*Fernanda se acerca a Mercedes y le grita*) ¿Quién es?

Anela.- Es mi amigo imaginario...

Fernanda y Meche reaccionan a la presencia de Anela.

VIII

Pancho y Anela, ambos en actitud militar. En otra parte del escenario, se encuentran Fernanda y Meche, que no ven ni a Anela ni a Pancho, y viceversa

Pancho.- ¡Nombre!

Anela.- Ana María Mariana, señor.

Pancho.- ¿De dónde sacó ese nombre?

Anela.- El de Ana María me lo puso mi mamá, señor. El de Mariana lo tomé prestado.

Fernanda.- Todavía estamos a tiempo.

Pancho.- Así que lo tomó prestado... ¿Y de quién? Si se puede saber...

Anela.- Una noche me enteré, así nomás, señor, sin darme cuenta de que había alguien que se llamaba Mariana, Señor, que estaba interesado en mí.

Pancho observa a Anela de reojo, fingiendo seriedad en el asunto, pero asombrado por lo que está oyendo

Anela.- Y ese alguien vino una noche y nos metimos en un camino de viento, como en un túnel de un huracán. A mí me dolía mucho la talasemia, y Mariana se reía tan a gusto, que me contagié, y yo también me empecé a reír, y se me quitó la talasemia.

Pancho.- ¿Y usted espera que le crea eso?

Meche.- Ha sufrido bastante, ya no quiero que sufra más.

Anela.- Sí, Señor.

Pancho.- Ajá.

Anela.- Y si no me cree, Señor, lo puedo llevar a ese camino de viento.

Pancho.- ¡De ninguna manera! Yo no tengo tiempo para andar haciéndole a la Dorotea con su perro.

Fernanda.- ¿Y vas a dejar que se muera?

Anela.- Uno chihuahuero. Es más que suficiente, señor.

Meche.- ¿Qué vas a poner en el reporte? ¿Que Ana María Torres murió de negligencia carnal agravada por talasemia? Esa es una buena idea.

Fernanda.- No se trata de eso.

Meche.- *(Al borde del llanto)* De esta no se va a recuperar...

Fernanda.- *(Molesta)* ¿Cómo sabes?

Meche.- Porque nunca la había visto así.

Fernanda.- *(Más molesta)* ¡Y a lo mejor no la vuelves a ver ni así ni de ninguna manera!

Pancho.- ¡Edad!

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Anela.- 25 años.

Pancho.- (Más fuerte) ¡Edad!

Anela.- 28 años...

Meche.- Siempre la voy a ver. Incluso cuando yo también me muera.

Fernanda.- Hablas como si ya se hubiera muerto.

Meche.- Los sueños son más fuertes que los recuerdos. La voy a soñar cada noche, vestida de blanco, o como Dorotea con su perro chihuahuero. (*Sonríe*) Perro chihuahuero. Seguramente el que escribió eso, no los conocía, por eso no los puso en esa historia tan absurda.

Fernanda.- No me parece que lo sea.

Pancho.- (Más fuerte) ¡Edad!

Anela.- 33 años recién cumplidos desde que nací hasta la fecha, señor.

Pancho.- ¿Está diciendo la verdad?

Anela.- Sí señor.

Pancho.- Y por qué no se le notan.

Anela.- Porque quiero morirme joven, señor.

Pancho.- Ajá, con que piensa morirse.

Anela.- Como toda gente decente, señor.

Pancho.- Ahora va a salir con esa cosa de que los jóvenes se tienen que morir a los 33 años, como Cristo.

Meche.- Absurdísimo eso de que van a otro mundo, y de dar consejitos estúpidos para demostrarnos que el león no es como lo pintan.

Anela.- Efectivamente, y como en este momento son las... son las... (*Voltea a ver francamente a Pancho*) ¿Qué hora es?

Pancho.- Las diez y treinta y seis con doce segundos y trescientas cuarenta y tres milésimas.

Anela.- ¡Exacto! Esa es la hora en que nací, así que con su permiso mi general Pancho, pero me voy a morir. Y como soy muy valiente, me voy a morir para dentro.

Meche.- La vamos a incinerar

Fernanda.- ¿Qué?

Anela da un grito ahogado, para dentro. Fernanda y Meche reaccionan al grito viendo hacia la casa. Meche corre a la casa, con Fernanda detrás de ella.

Pancho.- ¡Que forma tan intensa de morirse!

IX

Pancho y Fernanda están en escena. Hay un silencio de un diálogo ya iniciado.

Fernanda.- ¿Qué más da?

Pancho.- Eso es lo que yo digo.

Fernanda.- Dijiste que podía confiar en ti.

Pancho.- Lo mismo le dije a Meche. Y lo mismo a Anela. Todos pueden confiar en mí.

Fernanda.- ¿Entonces?

Pancho.- La conocí aquí, cuando llegaron. Yo les ayudé a traer sus cosas.

Fernanda.- No me has dicho por qué la trajo aquí.

Pancho.- Pues para que se aliviara.

Fernanda.- Anela está sufriendo mucho. Se puede morir.

Pancho.- Pues por Meche no quedó

Pausa. Fernanda se nota impaciente.

Fernanda.- ¿La amas?

Pancho.- No sé.

Fernanda.- Lo más seguro es que no.

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Pancho.- (*Enfadado*) ¿Tú sabes lo que es estar sin amor? Metido en esta selva. Viendo puras ramas, puro verde.

Fernanda.- (*Irónica*) Qué tortura.

Pancho.- Imaginando, soñando con rostros y con cuerpos.

Fernanda.- O sea que si no fuera Meche, podría ser cualquier otra.

Pancho.- Pues, sí.

Fernanda.- Anela, por ejemplo.

Pancho.- (*La ve fijamente*) O tú.

Pausa incómoda. Pancho se va.

Fernanda.- Te puedo dar mucho dinero.

Pancho sigue su camino.

Fernanda.- O hasta conseguirte el indulto.

Pancho se detiene y gira hacia Fernanda.

Pancho.- ¿Qué dijiste?

Fernanda.- Digamos que trabajo para el gobierno, y digamos que una buena recomendación ayudaría a que no te refundieran en la cárcel.

Pancho.- (*Enojado*) ¿Y qué te hace pensar que yo debo algo?

Fernanda.- (*Lo interrumpe*) ¿Aceptas el trato?

Pancho.- Primero quiero que entiendas por qué estoy aquí.

Fernanda.- ¡Carajo!

Pancho.- Ellos me obligaron, como obligan a todo el pueblo a estar como están.

Fernanda.- ¿Y cómo están?

Pancho.- Shh. Entendí que algo andaba mal cuando me empezó a dar hambre. Cuando me di cuenta que me sabía los nombres de los hambrientos, porque los conocía desde niños. ¿Por qué tenemos que ver de lejos la felicidad de ellos? Nosotros conocemos la felicidad de otra manera. Con que no tengamos hambre. Y hay muchas formas de no

sentir hambre. El cemento, por ejemplo. Está cabrón... En este país es más fácil conseguir cemento que comida.

Fernanda.- (*Impaciente*) ¿Y luego?

Pancho.- (*La voltea a ver*) Ese es el problema. Que no les importa. Porque seguramente tienen conciencia, pero la usan para otra cosa. Lo que a ti te importa es Anela. Y te vale madre todo lo que les suceda a los demás.

Fernanda.- No puedo estarme preocupando por todos.

Pancho.- ¿Sabes una cosa? Ya estoy completamente seguro que no quiero a Meche.

Fernanda.- ¿A sí? ¿Y porqué tan seguro?

Pancho.- Me la imaginé muerta, y no me dieron ganas de llorar.

Silencio. Fernanda ve a Pancho con odio. Este se da cuenta.

Pancho.- ¿Qué? (*Pausa*) Tú me preguntaste, ¿no? Deberías estar acostumbrada a estas cosas.

Fernanda.- ¿Y por eso aceptaste?

Pancho.- ¿Hablar? No precisamente. Lo más seguro es que de todos modos hubiera hablado, aunque la quisiera.

Fernanda.- Eso es traición.

Pancho.- (*Sube la voz*) ¿Qué?

Fernanda.- Seguramente vas a entregar a tu amante.

Pancho.- ¡Esa es una forma muy jodida de ver las cosas!

Fernanda.- ¡¡Eres más cobarde y más débil y peor que el gobierno, porque ni siquiera estás pensando en ellas, así que no puedes pensar en las multitudes que dices que vas a salvar!

Pancho se acerca violento a Fernanda. Ella huye. Hay una pequeña persecución.

Pancho.- ¡Tú que vas a saber de lo que yo siento! ¡Tú nunca has tenido hambre!

Fernanda.- ¡Y tu nunca has tenido huevos!

Pancho.- ¡Hija de la chingada, ahora sí!

Pancho está a punto de pegarle a Fernanda, cuando entra Meche.

Meche.- (Grita) ¡Déjala!

Pancho se detiene, observa a Meche, y se va contra ella. En ese momento, escuchamos una balacera. Los tres personajes corren por todo el escenario. Lucen desconcertados, no encuentran refugio. Hasta que de pronto se detienen en seco y se congelan. Entra Anela. Habla con un auditorio imaginario, que no es el público.

X

Anela.- Debo de reconocer que al principio sí me asuste mucho. Talasemia, eso tienes, mi chiquita. Cuando Meche me decía mi chiquita, era porque algo malo estaba pasando. Antes de la talasemia, cuando me decía, “mi chiquita” es porque me había portado mal, y me pegaba. Una vez me pegó tanto, que yo mejor le dije que no me hablara tan cariñosa, que mejor me insultara, pero que ya no me pegara. Después de la talasemia, nunca más me pegó. Ahora, cuando me decía “mi chiquita” me abrazaba. No debe de ser tan mala la mentada talasemia, porque cómo cambió. Y yo también cambié mucho. La empecé a querer. Meche se quedó en la selva. Y me encargó con Fernanda. Ella me abrazó muy fuerte, porque, yo creo que presentía que ya no me iba a volver a ver. Pero yo no. Y es que como se supone que la enferma era yo, pues ni en cuenta de que también me tenía que despedir. (Sonríe en la siguiente frase) No, pues no. ¿Quién se va a querer despedir así nada más, sin lucharle al asunto? Y menos cuando uno está joven. El caso es que yo estaba segura de que la iba a volver a ver, porque tenía mucha fe en que me iba a salvar, y pues yo sí me salvé... Me curé de la talasemia, y eso que dicen que es de muerte la mentada enfermedad. No, si este mundo está como al revés. Se mueren los sanos y viven los enfermos.

Anela se queda dormida en su lugar, inmóvil.

XI

Fernanda y Meche, desde donde habían quedado congeladas, inician el diálogo.

Fernanda.- Ya me lo dijo, ya no lo puedes negar.

Meche.- ¿Y qué si Pancho te está echando mentiras?

Fernanda.- No tendría ninguna necesidad. Además sabes que con ese dato es más que suficiente para que me la lleve de aquí.

Meche.- Es tu palabra contra la mía.

Fernanda.- Exactamente por eso, no te conviene.

Meche.- No tienes pruebas.

Fernanda.- Tengo el frasco con la supuesta medicina.

Meche.- ¿Y eso qué?

Fernanda.- Que con un pequeño análisis es más que suficiente para descubrir el tipo de veneno.

Meche.- Es la medicina que le recetaron los sabihondos doctores.

Pausa. Fernanda suspira enfadada

Fernanda.- Basta. Me llevo a Anela, y punto. El trato es que te dejo a ti y a Pancho aquí. Ni una denuncia de mi parte, pero tampoco quiero que te acerques a ella.

Meche.- *(Intenta contener el llanto. Habla por lo bajo)* Es mi hermana....

De nuevo se escucha otra balacera. Los personajes que están en escena, salvo Anela, nuevamente no saben donde esconderse. De pronto se vuelven a congelar.

XII

Meche se desprende del grupo, para hablarle a un auditorio ficticio, que no es el público.

Meche.- Las cosas no andaban muy bien con Pancho, y pues como que los cuidados que todo ese tiempo le di a Anela, habían curado los remordimientos de conciencia. Eso de la talasemia fue como un castigo para mí. *(Pausa)* Yo pensé que sin Anela, Pancho iba a cambiar. Ya íbamos a poder estar más tiempo juntos, y sin escondernos de la psiquiatra. Pero como un presagio, tres o cuatro días antes de que se llevaran a Anela, Pancho empezó a platicar mucho más conmigo... Pero de política. Se volvió aburrido. Ya no hablaba de la luna, y no quería hacer el amor tan seguido como antes. Incluso dejó de dibujar a todos los que llegaban. Y a clasificarlos. Como un juego. Los dibujábamos y luego los metíamos a un cofre, dependiendo de las vibras que nos dejara el dibujo. Había 2 cofrecitos: Uno blanco y uno negro. En el blanco metíamos a los de buena vibra, por supuesto, y en el negro, pues ya sabrás. *(Pausa)* Allí metimos a la psiquiatra. Anela no estaba cuando la dibujamos. En realidad la dibujó Pancho. Yo la quería dibujar, pero él me dijo que no, porque estaba como que ciega en ese momento. "Estás celosa", me dijo. Y yo haciéndome la que no, aunque me estuviera llevando el tren. "No, por supuesto que no" Muy culta y muy güera y toda la cosa, pero ha de ser muy desabrida en la cama.... Eso le quería decir, pero no se lo dije. Y luego me dijo que él pensaba que todos los seres humanos somos iguales y que no tenía porqué sentirme mal

de que la psiquiatra estuviera más bonita que yo, porque eso era relativo. Y que se me ocurre preguntarle a qué se refería con eso de “relativo”. ¡Tres horas habló y habló, intentando explicarme! Y que el gobierno, y que el presidente, y que toda esa bola de poquitos ricos y muchos pobres, y que esto y que lo otro, hasta que lo dejé de oír. Me acurruqué con él y me puse a pensar en otra cosa... hasta que me dormí... Cuando desperté, Pancho seguía hablando de los ideales de la revolución, que no son respetados.... Estuve a punto de preguntarle por esos ideales.... Pero mejor no, porque seguramente iba a hablar otras tres horas seguidas. Mejor cambié de tema.

XIII

Meche se acerca a Pancho. Se acuesta en su regazo.

Meche.- ¿Tú crees que alguna vez Anela tenga un hombre?

Pausa

Pancho.- Si vive....

Meche.- ¿Por qué dices eso?

Pancho.- ¿Por qué me preguntas eso si estamos hablando de otra cosa?

Pausa.

Meche.- Se va a curar. Va muy adelantada...

Pancho se levanta de su lugar molesto.

Meche.- ¿Qué?

Pancho.- Lo que a mí me interesa es la revolución.

Meche.- ¿Cuál revolución?

Pancho.- La que vamos a armar. Y de una vez te digo que tienes que decidirte.

Meche.- ¿De qué?

Pancho.- O estás conmigo o estás contra mí. Así de sencillo.

Fernanda interviene en la conversación.

Fernanda.- Tú también tienes vida propia. Tienes 25 años. Tienes derecho a vivir tu vida. A tener novio, a casarte, a tener hijos.

Meche.- Pero...

Fernanda.- Yo me encargo de ella.

La balacera se escucha a lo lejos

XIV

Fernanda se desprende de ellos y queda más cerca de Anela. Habla a un auditorio ficticio, que no es el público.

Fernanda.- Me hice cargo de Anela de cabo a rabo. La verdad es que me involucré más de lo debido con esa mujer que insistía en parecer niña, contrario a lo que se aprende en los salones de clases. Anela me parecía muy misteriosa, y llegué a obsesionarme con este caso que se me había asignado prácticamente por sorteo. Para la dependencia en la que trabajo, los casos son un número, y nosotros acudimos a ellos por encargo. Los pacientes no nos buscan, no nos piden. Nosotros llegamos y ya. Esto hace que la relación sea diferente. Cumplimos y punto. Cuando conocí a Anela, me di cuenta que algo pasaba fuera de su cabeza, pero que ella no era capaz de voltear alrededor. Así que esa fue mi tarea. Que viera más allá de su nariz, que era el límite que le había puesto su hermana... Además de envenenarla poco a poco. Meche era una delincuente en potencia, tal vez peor que Pancho. Y muchas noches perdí el sueño pensando en lo que debería hacer. Se supone que mi deber era denunciarla, pero también se supone podía recurrir al secreto profesional... Después de todo era una mente perturbada a la que no se le podía acusar formalmente, desde el punto de vista moral, por supuesto, porque para las leyes, Meche estaba totalmente cuerda. Me dolió mucho cuando supe que la mataron; y me dio también risa cuando la tacharon de guerrillera... Lo que sí, si alguien nos hubiera dicho a Anela, a Meche, incluso a Pancho y a mí, que Meche se iba a morir primero que Anela, nos hubiera dado un ataque de risa...

XV

Meche y Anela se encuentran.

Meche.- (*Melancólica*) ¿Ya viste la luna? Esta cargada.

Anela.- Sí. Tú también estás cargada.

Meche.- ¿Yo?...No... Bueno, un poco.

Anela.- ¿Por qué? ¿Te duele algo?

Meche.- No. Tal vez la noche. Cómo que no es igual a todas las demás noches.

Anela.- Ninguna noche es igual a las demás. Obvio. La de hoy no puede ser igual a la de ayer, ni a la de antier.

Meche.- ¿Será?

Anela.- Se pierden segundos cada vez que respiramos. Eso está muy raro. Respiramos para vivir, y al mismo tiempo la respiración es un contador, pero al revés.

Meche.- ¿Al revés?

Anela.- Sí. Imagínate que supiéramos cuantos segundos vamos a vivir. Un ejemplo: Haz de cuenta que yo voy a vivir, digamos, 33 años con 33 días exactamente. Eso nos da un total de... *(Breve pausa en la que Anela hace el cálculo)* mil 44 millones, 144 mil segundos...

Meche.- *(Tierna)* Mi Anela... Mi pequeña genio...

Anela.- Luego entonces, en el momento en que nací, el contador empezó a contar, pero al revés...

Meche la sigue observando con ternura.

Meche.- Mejor ya vámonos a dormir.

Anela.- Pero sí me entendiste...

Meche.- Por supuesto, mi niña.

Meche acompaña a Anela hacia dentro. Fernanda entra al mismo tiempo a escena.

XVI

Meche sale de nuevo, se acerca a Fernanda.

Meche.- ¿La voy a volver a ver?

Fernanda.- Claro. Si tú quieres.

Meche.- ¿Cómo no voy a querer?

Anela, 2do. Tratamiento
Daniel Serrano

Fernanda.- Tiene que pasar un tiempo.

Meche.- Pues sí.

Pausa.

Fernanda.- ¿Qué vas a hacer?

Meche.- No sé... Tal vez me quede acá... Con Pancho. *(Pausa)* Tengo la sensación de que ya no.

Fernanda.- ¿De que ya no qué?

Meche.- De que ya no la voy a ver.

Meche Sale.

XVII

Pancho se mueve de su lugar y le habla al auditorio ficticio, que no es el público. Durante el monólogo, Pancho hace algunos cambios de escenografía.

Pancho.- Me gustaba Meche. Olía bien, pero estaba siempre preocupada por cosas mundanas. También la psicóloga esa me gustaba, por difícil. Y porque tampoco mezclaba el placer con el trabajo. Eso era lo que Meche no quiso entender. Le faltaba la adrenalina que se necesita para aguantar. Se me hace que la Güerita sí hubiera aguantado... O la hermana idiota. Pero así es la vida y digamos que me tocó la más débil de las tres. Seguramente la historia consignará el asunto de otra manera. Luego nos morimos y somos héroes. Jodidos aquellos que se quedan vivos. Si no la hubieran matado las balas, se hubiera muerto de deshidratación. Pero se murió de puro honor, por nuestros ideales. ¡Chingona la Meche! Aunque fue muy poco tiempo el que pasamos sin la preocupación de la hermana, el asunto fue intenso. Meche ya no tenía que correr a atenderla, a veces con los trapos a medias. Una vez, uno de los cabecillas de nuestro ejército, nos encontró encuerados. Ella arriba de mi, muy relajada, ya habíamos acabado. El caso es que mi compañero soltó un silbidito. Meche se puso toda tensa, pero yo la abracé, y le dije al oído que no se moviera. “¡Qué bonitas nalgas!”, dijo, y se fue. Meche se puso roja, y luego luego se quería levantar, pero yo no la deje. Es la luna, le dije, allí está la luna, se esconde en el pliegue entre la nalga y la pierna. Y allí nos quedamos, hasta que salió la otra luna. *(Pausa)* Me dio coraje cuando la mataron. *(Pausa)* esa fue la última vez que hicimos el amor. ¡Chingona la Meche! ¿Quién iba a decir que resultaría héroe de nuestra revolución?

Fernanda.- Anela... *(Saliendo por el fondo)* ¡Anela!

Entra música de transición, el tiempo suficiente para dar la sensación de transcurso del tiempo.

XVIII

Anela entra a escena. Lleva otro vestuario; más citadino que el que vistió durante toda la obra..

Ve el lugar. Ha cambiado.

Anela.- Tengo la sensación de que en cualquier momento va a entrar, (*Fernanda entra con una pequeña caja de madera*) enojada conmigo porque no la ayude a recoger.

Fernanda.- Lo cotidiano es parte de la nostalgia.

Anela.- (*Sonríe*) Cumplidora, la Meche.

Pausa. Fernanda la interroga con la pura mirada.

Anela.- Volvió.

Fernanda.- Y cumplió. (*Fernanda le da a Anela la caja de madera*) Muy en el fondo quería que te salvaras.

Anela.- (*Sin estar tan segura*) De eso estoy segura.

Fernanda.- Aunque nunca pensó que yéndose era la forma de ayudarte.

Anela.- (*Susurra*) Talasemia. (*Pausa. Anela camina al centro del Escenario*) ¿Sabes cuanto tiempo vivió?

Fernanda alcanza a Anela. Anela destapa la caja de madera.

Anela.- (*Voltea la caja de madera y esparce las cenizas de Meche*) 9 mil 320 días, 223 mil 680 horas (*Entra música final. Anela llora*) 13 millones 420 mil 800 minutos, 805 millones, 248 mil segundos...

La música apenas hace audibles las últimas palabras.

OSCURO FINAL

Tijuana, B.C. a 11 de marzo de 2004
17 de Abril 2004, Segundo Tratamiento